

## El whisky entre Baroja y Hemingway

Cuentan que un moribundo Pío Baroja se deshacía poco a poco en su cama cuando Ernest Hemingway fue a visitarlo. El escritor americano, poco antes ganador del Premio Nobel e integrante de una de las generaciones que marcaron la literatura del siglo xx, se dejaba ver de vez en cuando por España y en esta ocasión no quiso perder la oportunidad de despedirse del novelista. Y lo digo así, «novelista», en singular y sin otra etiqueta, porque Baroja marcó la tendencia narrativa de las primeras décadas del siglo. De muñeca fácil, sacudía su boina con desasosiego dejando caer del interior novelas de culto, hoy casi olvidadas. Se dice de Baroja que conviene leerlo deprisa. Ya saben, hay escritores de calado léxico, donde cada palabra tiene un toque exacto, como si el destino tuviera reservado para ellas ese y sólo ese espacio dentro de la página. Y luego hay otros novelistas, como es el caso de Baroja, de calado narrativo. Es decir, sus párrafos son como ríos que van a dar al mar argumental en el que se sumergen los

personajes, y despojados de esa visión global de la novela pierden el sentido. Por ejemplo, un párrafo de Cortázar vale lo mismo aislado y solo que en una novela de mil páginas. Sin embargo, el primer párrafo de una novela de Baroja sólo cobra sentido cuando se abraza al último párrafo de la misma novela de Baroja, lo que convierte su obra en camino constante, seguro, firme y espacioso.

Precisamente en esa primera mitad del siglo xx, una mente preclara iba dejando por el camino de la ignorancia humana pequeñas migas de pan en forma de reflexión filosófica. Gracias a este rastro, las mejores mentes de las generaciones posteriores pudieron pensar en castellano sin extraviarse. Esta mente se alojaba en el cuerpo de Ortega y Gasset, quien como todo filósofo buscaba con ahínco una pluma narrativa a la que convertir en su novelista de cabecera. Durante años, Pío Baroja fue ese novelista que tanto reclamaba Ortega y que tanto necesitaba España. El filósofo llegó a dedicarle sintagmas como los que reproduzco a continuación:

En *El árbol de la ciencia* dice Baroja del protagonista, Andrés Hurtado, estas palabras: «La vida en general y, sobre todo, la suya, le parecía una cosa fea, turbia, dolorosa e indomitable». Esta impresión última y decisiva ante el conjunto del universo y de la existencia late, gime, trema so la primera página que Baroja escribió lo mismo que so la más reciente. De esa emoción, como de una amarga simiente, ha crecido la abundante literatura de este hombre, selva bronca y agria, áspera y convulsa, llena de angustia y desamparo, donde habita una especie de Robinsón peludo, frenético y humorista, que azota sin piedad a los transeúntes.

Pero esta admiración que Ortega sintió por la emoción y la angustia vital que Baroja mostraba en sus novelas se fue tornando en agria disputa, una mezcla entre cariño y desengaño por lo que don Pío pudo ser y no fue. Obviamente, Baroja no pudo sostenerle la mirada al bueno de Ortega, aunque sí se revolvió en alguna ocasión con más ganas que éxito. De aquellas disputas nos quedan párrafos como este, donde el filósofo desbroza con su verbo socarrón habitual las esperanzas antes puestas en el novelista vasco.

Ya veremos que Baroja no ha conseguido en ninguno de sus libros la aspiración esencial del arte novelesco: suscitar en torno a unas figuras el medio de que espiritualmente viven, en que se personalizan. Si esto es así no tendré otra salida que aceptar como consecuencia lamentable la exclusión de Baroja entre los novelistas. Me parece más bien un temperamento de metafísico que de novelista. Claro está, un metafísico un poco holgazán, un metafísico —¿cómo podría decirse?—, un metafísico sin metafísica. ¿En qué quedamos? —preguntará el lector. Perdón, lector, perdón: tratándose de Pío Baroja no podemos quedar en nada. Es un organismo tan peculiar, tan interesante que consiste en la desorganización misma. Baroja es esto y es lo otro, pero no es ni aquello ni esto. Su esencia es su dispersión, su carencia de unidad interna. Este hombre, tan egregiamente dotado, es, en rigor, un montón de cosas espirituales.

Para bien o para mal, Baroja era el referente de la novela para todo hispanohablante. Nadie empuñaba la pluma, nadie se imaginaba una historia de más de cien pági-

nas sin haber pasado antes por el filtro barojiano: ¿cómo hubiera narrado esto don Pío? ¿Qué enfoque le hubiera dado? ¿Cómo habría actuado su personaje? Esto lo sabía perfectamente Hemingway el día que se acercó a despedirse del anciano, que ya apuraba su último epílogo con el gorro de dormir sustituyendo la boina, la camisa del pijama abierta por el pecho (siempre fueron calurosas las tardes madrileñas comparadas con el anochecer guipuzcoano). Hemingway vestía un traje y una corbata que ocultaban su desaliño tras la todavía más desaliñada figura de Baroja. Llevaba tres regalos: una bufanda, unos calcetines e, importantísimo dato, una botella de whisky marca Johnnie Walker para el moribundo. El vasco recogió los regalos con una media sonrisa. Cuentan también que el diálogo se desarrollaba en estos términos:

—¿Qué coño hace este aquí?! —exclamó Baroja.

—He venido a decirle que el Premio Nobel se lo merecía más usted que yo, e incluso se lo merecían más Unamuno, Azorín o don Antonio Machado —contestó Hemingway.

—Bueno, basta, basta; que como siga usted repartiendo el premio así vamos a tocar a muy poco.

El americano se largó dejando atrás aquel ente indomable, el novelista racial que trascendería a su muerte. De hecho, para el propio Ernest la muerte resultaba cada vez más cercana. Tan cercana que cinco años más tarde se marchó con ella después de alojar la escopeta en el cielo de su paladar. Mientras, al otro lado de la puerta, Baroja recogió el cuarto y último regalo con el que el Nobel americano pretendió ganarse su amistad: su novela *Adiós a las armas*. En la primera página, Hemingway

había dejado una dedicatoria escrita en perfecto castellano:

*A usted, don Pío, que tanto nos enseñó a los jóvenes que queríamos ser escritores.*

Baroja falleció veintiún días más tarde. Ortega había muerto, por cierto, apenas un año antes, visiblemente olvidado por todos. El entierro de don Pío se preveía igualmente olvidado y, sin embargo, la multitud terminó por aclamarlo aquel último otoño. ¿Qué cantidad de culpa tuvieron las fotos del célebre Ernest Hemingway junto a la cama de Baroja para que esta aclamación popular se produjera? Poco importa. Eso sí, el americano sujetó, con fuerza, el féretro del vasco durante el entierro. De la botella de whisky marca Johnnie Walker, por cierto, nada más se supo.